

A LOS VEINTE AÑOS DE LA CLAUSURA DEL CONCILIO ECUMENICO VATICANO II

Por **ALBERTO RAMIREZ Z.**

Se están cumpliendo los veinte años transcurridos desde la clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II. Reunidos en Sinodo Extraordinario, convocado por el Papa Juan Pablo II, los Obispos que conforman, por derecho, esta Asamblea y los que han sido invitados especialmente por el Papa, recogen los aportes que han tenido su origen en todos los lugares del mundo, con base en cuestionarios previamente señalados. Las labores del Sinodo constituyen una especie de examen de conciencia eclesial sobre lo acontecido en estos veinte años providenciales. Se han conocido, al través de la prensa, los problemas que han merecido un interés más grande en las deliberaciones de la Asamblea y se esperan las conclusiones de la misma. Hemos seguido todos, con alegría y esperanza, las expresiones que señalan la intención de proseguir por el camino abierto por el Concilio y nos hemos alegrado también porque las cuestiones nuevas, a las que ha dado lugar el Concilio, se han convertido en el Sinodo en tema privilegiado.

No podemos pasar por alto esta oportunidad, sin referirnos al significado del Concilio y de toda esta época, tal como la hemos podido vivir.

1. - Haber vivido en esta época es un verdadero don de Dios.

Nuestra generación es, en cierto sentido privilegiada. Es indiscutible que muchas épocas de la historia han sido cautivantes y, quien conozca de alguna manera la historia de la Iglesia, encuentra dificultad para responder a la pregunta por la época en la cual hubiera querido nacer. Pero nuestra época es providencial.

La perspectiva histórica que se puede tener, a veinte años de la clausura del Concilio, permite valorar mejor lo que hemos vivido. Nuestras comunidades vivieron, cada una a su manera, los acontecimientos. Nuestro ambiente eclesial acogió con entusiasmo el anuncio de la convocación de un Concilio y vivió con interés su realización. La Arquidiócesis de Medellín había vibrado con deseos de re-

novación, en los años anteriores al Concilio. El Arzobispo de entonces, Monseñor Tulio Botero Salazar, animó vivamente estos deseos y su participación en el Concilio nos edificó a todos. El espíritu joven del Papa Juan XXIII se dejaba percibir por todas partes.

Es cierto que en todos los campos, también en el eclesial, América Latina todavía no había despertado propiamente a su mayoría de edad y, en este sentido, se comprende el alcance de sus aportes. Pero precisamente el Concilio permitió que nuestra América Latina comenzara un proceso de conciencia eclesial, que la ha puesto a la vanguardia misma de la Iglesia universal en nuestros días. El proceso ha sido, en cierta forma, accidentado, pero esta misma situación ha sido reveladora de la vitalidad de la Iglesia en nuestro mundo latinoamericano. Tenemos que estar agradecidos, con espíritu de fe, por lo que se ha vivido y por lo que se ha gestado entre nosotros. No hay razón ninguna para lamentarnos por lo que se ha vivido y más bien tenemos que tener una actitud de gratitud por lo que el Espíritu de Dios ha hecho posible entre nosotros.

1.1. - La preparación de una generación de teólogos para la época del post-Concilio.

Si queremos reflexionar de manera rápida, ojalá no superficial, sobre la significación de la situación actual eclesial en nuestro ambiente concreto, el de nuestra Arquidiócesis de Medellín, tenemos que hacer un breve recuento de los antecedentes, que como causas, explican lo que hoy vivimos.

A un nutrido grupo de estudiantes, sacerdotes o seminaristas, de la Arquidiócesis nos correspondió el privilegio de realizar estudios durante la época del Concilio en los más prestigiosos centros de formación teológica y pastoral en Europa. El Arzobispo había acogido, sin vacilaciones, los planes del Rector del Seminario, Monseñor Eugenio Restrepo Uribe, actual Rector de nuestra Universidad Pontificia Bolivariana, en el sentido de formar el mayor número posible de candidatos de la Arquidiócesis, en las disciplinas teológicas. El Rector abrigaba la esperanza de constituir algún día el ambiente y las condiciones necesarias para la realización de una tarea teológica bien fundamentada y actualizada, que se concretó precisamente con la creación de la Facultad de Teología. Fue así como un nutrido grupo de estudiantes frecuentó las Facultades de Teología de Roma, de París, de Lovaina, así como otros centros tales como Cambridge o Bamberg. No podemos olvidar la situación que se vivía entonces en América Latina: todo lo recibíamos de Europa. Pero con este esfuerzo se venía gestando, de manera inteligente, el surgimiento de un pensamiento creativo que constituyera un aporte real a la teología universal y que fuera acompañando y animando el proceso eclesial latinoamericano.

Haber vivido de cerca un Concilio, mientras estudiábamos en Europa, fue una experiencia providencial. Cada uno de los estudian-

tes de entonces tendría mucho que contar sobre la manera como en los diversos centros de formaci3n, se vivía el momento, marcado de todos modos por el fuerte influjo de las preocupaciones teol3gicas maduras en Europa.

Como ejemplo de lo vivido, yo quisiera recordar la experiencia teol3gica en la que participábamos en la Facultad de Teología de la Universidad de Lovaina. Se ha llegado a decir que los Concilios, en especial los más recientes, dejan sentir el eco del movimiento teol3gico de algún ambiente. Es así como al Concilio de Trento se le relaciona de manera especial con la teología de Salamanca, y al Concilio Vaticano I con la teología de la Universidad Gregoriana. El Concilio Vaticano II tuvo en la teología de Lovaina un aporte decisivo, porque esta teología logr3 canalizar las mejores propuestas de las corrientes teol3gicas más abiertas de la época en Europa. No se puede pensar en el Concilio sin recordar algunos nombres de algunos te3logos de Lovaina:

Primero que todo, yo quisiera evocar el recuerdo de Monseñor Gérard Philips, una personalidad eclesial y teol3gica inolvidable. Monseñor Philips fue, durante largos años, profesor de teología dogmática en la Facultad de Teología de la Universidad de Lovaina y desempeñaba su magisterio teol3gico activamente en la época del Concilio. Sus cursos sobre la gracia, sus intereses eclesiol3gicos centrados, de manera especial, en la sensibilidad pastoral que lo llevaba a valorar capítulos de la eclesiología como el del laicado, sus cursos de teología espiritual: toda esta riqueza explica el trasfondo de la gran obra que le estaba reservada en su vida teol3gica. A Monseñor Philips le fue encomendada la elaboraci3n del nuevo proyecto de Constituci3n sobre la Iglesia, la "Lumen Gentium". En el momento mismo en el cual él realizaba la tarea de elaborar el proyecto de esta Constituci3n, dictaba sus cursos de teología dogmática y hacia referencias a los temas del proyecto, que hoy recordamos sus alumnos como un verdadero tesoro. Y ya acogido el proyecto, discutido y aprobado por la Asamblea conciliar, Monseñor Philips se convirti3 en su comentarista más autorizado en los cursos de eclesiología que pudimos seguir en la Facultad.

En segundo lugar, yo quisiera mencionar el nombre de Monseñor Gustavo Thils, profesor de teología fundamental en la Facultad, durante la misma época. Su preocupaci3n por las realidades terrestres, su interés por mirar desde la Iglesia hacia el mundo de los cristianos no-cat3licos y hacia el de las religiones no-cristianas, su capacidad de plantear continuamente interrogantes que abrieran caminos de renovaci3n para la teología, explican también el papel de primera importancia que jug3 Monseñor Thils en el Concilio. De manera muy especial hay que mencionar sus aportes en el campo del ecumenismo y en todos los campos en los cuales se podía pensar en una interpretaci3n actualizada de las verdades tradicionales, para un hombre contemporáneo. De Monseñor Thils recibimos cursos sobre el Ecumenis-

mo, las Religiones no-cristianas, la revelación, precisamente dictados en el mismo tiempo en el cual él participaba en los trabajos del Concilio.

Son éstos ejemplos suficientemente representativos de lo que se sentía vibrar en la época en la Facultad de Teología de la Universidad de Lovaina, aún más, en toda la Universidad. Al través del entonces Rector de la Universidad, el Obispo Albert Descamps, profesor de primer orden de Sagrada Escritura y del Cardenal Léon-Joseph Suenens, se canalizaba la gran riqueza teológica que se podía ofrecer y se presentaba efectivamente en el Concilio. Sólo a manera de ejemplo recordamos la experiencia teológica de Lovaina, porque tenemos que reconocer también el aporte de todos los otros ambientes teológicos de Europa, con algunos de los cuales, sobre todo con los alemanes, pudimos tener un permanente contacto.

La mayor parte de los profesores de teología que hemos estado en todo el proceso de la creación y organización de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana tuvimos el privilegio de tener esta formación y consideramos, con gratitud, que nuestra Facultad ha tenido una firme inspiración conciliar.

1.2. - El desarrollo de las virtualidades eclesiales y teológicas del Concilio en nuestro mundo latinoamericano.

Un Concilio no es ciertamente un punto final en la vida de la Iglesia ni en el proceso vivo de la tradición. Ya en los años inmediatamente siguientes al Concilio decía el P. Karl Rahner, de manera acertada, que el Concilio tenía que ser considerado como un punto de partida. Cometeríamos un grave error y no prestaríamos servicio ninguno de interés a la Iglesia, si convirtiéramos un hecho eclesial como el del Concilio en barrera que impide el desarrollo posterior de la vida y en impedimento para la profundización creciente de la verdad. Es entonces perfectamente comprensible el que el Concilio hubiera desatado una fuerza creativa impresionante para la Iglesia de todo el mundo y en especial para nuestro mundo eclesial latinoamericano. Tanto más sensibles estas consecuencias en nuestra Iglesia de América Latina, cuanto que aquí no habíamos despertado propiamente con conciencia propia eclesial, ni habíamos llegado a ser sujeto verdaderamente activo en el concierto grande de la Iglesia universal.

La existencia eclesial latinoamericana, existencia histórica pas-toral, fue haciéndose cada vez más nítida y se convirtió poco a poco en el mejor comentario a la gran propuesta conciliar de entender a la Iglesia como un servicio (diaconía) histórico. No se trataba únicamente de poner al día, con la inspiración evangélica adecuada, las estructuras internas de la Iglesia, sino sobre todo de comprender a la Iglesia en su sentido misional, en su responsabilidad desde dentro de la historia. La II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, reunida en Medellín en 1968, fue ciertamente un testimonio maravi-

lloso de este dinamismo, con su interpretación de la misión histórica de la Iglesia en las "actuales circunstancias" de América Latina. Los temas de la "liberación" y de la "opción por los pobres" no pueden ser considerados independientemente de la gran inspiración general del Concilio. Pero más que todo la realización vivida de la experiencia eclesial. Y toda la riqueza de esta situación se verá realizada en los años siguientes, en las discusiones teológicas, en los esfuerzos incansables que llevaron a Puebla y que se han continuado desde entonces.

En relación con la teología tenemos que señalar la novedad de los planteamientos latinoamericanos, que han impresionado a todo el mundo de la teología, como lo podemos comprobar también en el ambiente del que fuimos siempre subsidiarios, el ambiente europeo. América Latina ha demostrado todo lo que tiene para aportar a la Iglesia universal, para el redescubrimiento continuo de su sentido auténtico evangélico y de su responsabilidad en relación con el hombre real, con la situaciones actuales en las cuales se vive la historia de nuestros pueblos.

Nuestra Facultad de Teología ha tenido su nacimiento precisamente en esta época de vitalidad impresionante. Lo que hemos logrado es modesto, pero las intenciones que siempre hemos tenido y las que seguimos contemplando están todas inspiradas por el espíritu conciliar y por la lectura del Concilio que se ha realizado en América Latina. Seguimos manteniendo el mismo entusiasmo que teníamos en los comienzos del movimiento de renovación de la Iglesia y seguimos contemplando con la misma esperanza el futuro abierto que queremos contribuir a crear.

2. - El espíritu de apertura humana, cristiana y eclesial que ha despertado el Concilio y que debe mantenerse, como actitud, en la Iglesia de hoy.

Somos siempre hijos de las circunstancias históricas que nos toca vivir. La generación conciliar se ha visto marcada, principalmente si se interesó por vivir con toda la intensidad posible el momento, por unos rasgos que tenemos que destacar, que comprender y que valorar a la distancia.

El Pontificado del Papa Juan XXIII y el Concilio Vaticano II, con la admirable conducción del Papa Pablo VI, constituyeron para nosotros una especie de salto histórico en la trayectoria de la Iglesia. Testigos todavía de una situación tradicional antigua, cuando el rostro de la Iglesia permanecía inmovible desde hacía por lo menos cuatro siglos y, tal vez, desde hacía catorce siglos, si nos remontamos al través de la Edad Media, hasta los orígenes de la época de la Cristiandad, vimos amanecer un mundo nuevo, que reproducía el despertar más original de la Iglesia y del Evangelio y nos volvía a poner en contacto con las fuentes, al mismo tiempo que nos permitía valorar críticamente la tradición eclesial posterior. No se trataba de

borrar la tradición de la Iglesia, sino de asumirla, como había que hacerlo, con el espíritu fresco del primer momento y con la honestidad indispensable para evaluar todos los tiempos pasados con el espíritu de Jesucristo.

Podríamos resumir, en términos muy generales, la actitud que generó el Concilio en la Iglesia como una actitud de apertura. La actitud del diálogo, como actitud general humana, se manifestaba con toda su fascinación, desde cuando el Papa Juan la había proclamado para todas las instancias de la vida de los hombres, de las instituciones y de la Iglesia. Hasta entonces no habíamos conocido propiamente como forma de relación ideal entre las personas una forma distinta a la vertical de la autoridad y la obediencia. Las implicaciones que la pedagogía del diálogo habrán de tener en el mundo son incalculables. Ya nos hemos acostumbrado al lenguaje y aún a la actitud del diálogo y no nos asombramos: si miráramos un poco hacia atrás y consideráramos de nuevo lo que significó esta actitud y este lenguaje en la época del Concilio y en el espíritu del Papa Juan, volveríamos a asombrarnos. Este espíritu se ha convertido en actitud ideal humana, cristiana y eclesial.

Desde el punto de vista humano, la actitud del diálogo ha marcado, más de lo que podíamos preverlo, las relaciones humanas en todos los niveles. No se debía esta actitud a los progresos de la sociedad contemporánea, simplemente humana, y a todos los fenómenos sociales que se presentaban? Ciertamente la Iglesia no inventó la actitud humana del diálogo, pero lo que pasó en el Concilio fue de verdad determinante como pedagogía profunda para que el ideal llegara a ponerse por obra.

Desde el punto de vista cristiano, la apertura dialogal es una actitud profética, cuyos frutos ya pueden ser en parte recogidos, pero cuyas perspectivas futuras son incalculables. El mundo va caminando hacia una conciencia dialogal, que no podrá ser abastaculizada por las religiones, sino que tendrá que ser posibilitada por ellas. Sería incomprensible que la Iglesia no fuera, con sus reservas humanizantes inagotables, un motor de comunión entre todos los pueblos y entre todos los hombres, comunión que no será posible sino por medio de la actitud dialogal.

Desde el punto de vista eclesial es bien conocido el proyecto ecuménico, con sus frutos, especialmente donde el diálogo ha sido más urgente y más realizable. Es indudable que sólo con la actitud dialogal es posible dar razón de un mandamiento del Señor para sus discípulos, el mandamiento de la unión. La Iglesia de nuestros días ha sido llamada de nuevo para participar, sin reticencia ninguna, en el proyecto de la comunión, con una actitud abierta y dialogante.

Son muchos los problemas que podrían ser tratados, con ocasión de los veinte años de la clausura del Concilio Ecuménico Vati-

cano II. Muchos los temas teológicos que podrían ser sistemáticamente abordados. Pero algo es evidente para nosotros: que no podemos tener un espíritu que sea distinto al despertado por el Concilio, si queremos hacer que la Iglesia responda al momento que vivimos y si queremos contribuir a la edificación de un futuro eclesial, auténticamente evangélico. América Latina ha comprendido muy bien el Concilio y en sus realizaciones eclesiales y teológicas ha entendido muy bien que un Concilio no consiste simplemente en documentos que se conocen, sobre los cuales se adquiere información, sino en el impulso, que no es otra cosa que la fuerza misma del Espíritu, para vivir con orientación de futuro. Ya no nos contentamos simplemente con leer los documentos del Concilio, sino que nos preguntamos por lo que significa realizar la misión histórica de la Iglesia como una "diaconía histórica". En función de esta interpretación vivida del Concilio tienen que existir nuestras instituciones, nuestros proyectos pastorales, nuestra teología.



SUMARIO

	Pág.
Portada	3
¿Cómo Asume la Iglesia al Hombre Latinoamericano?	5
El Sentido del Voto de Pobreza desde Nuestra Realidad	84
A los Veinte Años de la Clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II	100